



Viajes de Pietro della Valle

“el peregrino” (1586 – 1652)

Cartas escritas a su amigo Mario Schipano durante los 12 años (1614 a 1626) de su viaje por Próximo Oriente e India.

TOMO II – LA PERSIA. Primera parte: Isfahán, Ferhabad y Cazvín.
5ª Carta desde Isfahán, del 22 de abril al 8 de mayo de 1619.

II.24.04 – Isfahán. “Estricta educación que da el Rey Abbás a sus hijos, los príncipes herederos”

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez.

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.

Fecha de Publicación: 25-09-2026

Número de páginas: 10

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Descripción

Resumen:

Traducción al español de la correspondencia que el noble romano Pietro della Valle mantuvo con su amigo el doctor Mario Schipano, narrándole el periplo que durante doce años -desde 1614 a 1626- realizó por Oriente: [Constantinopla](#), [Egipto](#), [Tierra Santa](#), [Arabia](#), [Persia](#) e India.

Palabras Clave

PIETRO DELLA VALLE, Viaggi di Pietro della Valle Il pellegrino, Viajes a Oriente, correspondencia de Pietro della Valle, siglo XVII primera mitad, antropología, Turquía, Constantinopla, Egipto, Tierra Santa, Arabia, Babilonia, Persia, India.

Personajes

Pietro della Valle, Ma'ani Gioerida, Mario Schipano.

Ficha técnica y cronológica

- **Tipo de Fuente:** libros impresos. Ed. italiana del I tomo: Roma, Apresso Vitale Mascardi, MDCL y para los otros tomos: Roma, Biagio Deversin, MDCLVIII.
- **Procedencia:** volúmenes digitalizados por <http://books.google.com> de la Biblioteca del Observatorio de Marina de San Fernando (OMSF).
- **Sección / Legajo:** Ref. de la Biblioteca del OMSF: vol. 1, tomo I: n.º 04818; vol. 2, tomo II: n.º 04819; vol. 3, tomo II bis.: n.º 04820; vol. 4, tomo III: n.º: 04821
- **Tipo y estado:** Correspondencia recogida en los cuatro tomos que reúnen el “Viaggi di Pietro della Valle, il Pellegrino” durante los años 1614 a 1626.
- **Época y zona geográfica:** Principios del siglo XVII. Mediterráneo, Próximo y Lejano Oriente.
- **Localización y fecha:** Roma, Nápoles, Venecia, Turquía, Egipto, Tierra Santa, Persia, India (Correspondencia escrita por DELLA VALLE y enviada a Mario Schipano durante los años 1614 a 1626).
- **Autor de la Fuente:** Pietro della Valle (Roma, 1586 - Roma, 1652).
- **Edición y traducción al castellano:** Esmeralda de Luis y Martínez para www.archivodelafrontera.com

VIAJES DE PIETRO DELLA VALLE

“El peregrino”

- Tomo II -

CARTA V desde ISFAHÁN PERSIA

Isfahán, del 22 de abril al 8 de mayo de 1619.



II.24.04 – “Estricta educación que da el Rey Abbás a sus hijos, los príncipes herederos”



Shah Safi; nieto del rey persa Abbás I.

Estampa de la descripción ampliada del viaje moscovita y persa de una embajada de Holstein, publicada por Adam Olearius Ascanius.

Ed. Johann Holwein en 1656 en la Imprenta Principesca.
Biblioteca Nacional de Polonia.

TOMO II – LA PERSIA. Carta V desde Isfahán.

II.24.04 – “Estricta educación que da el Rey Abbás a sus hijos, los príncipes herederos”.

*Llegada a
Qazvín del
Vicario General
de los
Carmelitas
Descalzos,
acompañado del
hermano mayor
de la esposa del
Señor Della
Valle.*

“... El diecinueve de junio [de 1618], el Vicario General de los Carmelitas Descalzos de Isfahán, el mismo que os he mencionado otras veces, llegó a Qazvín; se trata de Fray Giovanni Taddeo de San Eliseo, aunque para abreviar, nosotros le llamamos Fray Giovanni. Vino hasta aquí para arreglar algunos asuntos de su Orden y para presentar sus respetos al Rey, al que hacía tiempo que no había visto, pues es costumbre de los persas rendir estos testimonios al monarca con cierta frecuencia; ya que el propio Rey ha expresado su deseo de que nadie, ni siquiera un simple padre de familia, al menos de cierta condición, deje pasar demasiados años sin venir a verle y hacerle la venia.

Acompañando al Padre Giovanni llegó el Señor *Abdullah Gioerido*, hermano mayor de la Señora Ma’ani, mi esposa. Se alojó en mi residencia, a la que yo le había invitado hacía tiempo, pues debo reconocer que hacía mucho que yo andaba deseoso de tener alguna conversación en mi casa. El Señor Abdullah había venido desde Bagdad hasta Isfahán después de la Cuaresma para vernos, pero al no encontrarnos allí, como él tenía previsto, desde esa ciudad se unió al Padre Carmelita para venir hasta Qazvín, en donde nosotros estábamos en ese momento. Estos viajes tan largos no se suelen hacer voluntariamente en nuestras tierras; quiero decir, el emprender un recorrido de cuarenta o cincuenta jornadas para visitar a un amigo o a un pariente.

El Padre Vicario tuvo el honor, esa misma tarde, de saludar al Rey y besarle la mano, pero sin más ceremonial; en medio de la plaza. Aun así, el Rey lo recibió muy afectuosamente y con mucha cortesía, y debido a su amistad le dijo que había tardado mucho en venir a verle; algo de lo que el Padre se excusó, alegando que había estado muy ocupado con la traducción al persa de Los Salmos de David, que Su Majestad le había encargado, y que tras haber acabado se los traía en mano.

*Reconciliación
en el Seno de la
Iglesia de un
polaco,
bautismo de un
indio idólatra y
matrimonio con
otra india
católica.*

Este buen Padre instaló una capilla en mi casa porque no encontró ningún otro lugar apropiado para ello en la mansión que le habían asignado, y no solo nos honró oficiando aquí la Misa durante los días de fiesta, sino que también celebró, el veintiuno de junio [de 2018], la reconciliación con la Iglesia de un polaco, que un mes antes había abandonado en Persia su Fe, renegando de nuestra Santa Iglesia, en el seno de la cual fue de nuevo acogido ante las

muestras de extremo sufrimiento que por su ceguera había dado. Además, el día veintisiete [de junio] también bautizó a un indio idólatra, que había conocido con anterioridad, y en cuya ceremonia yo obré de Padrino, para después, el día de San Pedro, casarle con otra india a la que había convertido al catolicismo hacía unos cuantos años.

Con lo que, aunque la llegada de este Padre, solo hubiera servido para estos menesteres, habrá sido de lo más útil y provechosa. Yo, para dar testimonio de mi alegría ante los progresos de nuestra Religión que habían sucedido en mi casa, y por el honor de llevar yo el nombre del Príncipe de los Apóstoles, ese mismo día de San Pedro celebré la fiesta de este gran Santo a la manera en que lo hacemos en Roma; prendiendo gran cantidad de hogueras y antorchas que ordené encendieran ante mi mansión; a la que acudieron, no solo personas de condición; porque todo esto pasó en la Plaza del Palacio Real, sino muchísima gente del pueblo, que manifestaron con alboros su extraordinaria alegría como lo suelen hacer por estas tierras, y entre los que mandé que distribuyeran algunas limosnas para dar más solemnidad a la fiesta. Pero volvamos sobre nuestros pasos.

Diplomacia del
Rey de Persia
para tratar a los
uzbekos.

El veintidós de junio [de 1618] por la tarde, el Rey, en medio de la Plaza, colmó de atenciones a los uzbekos de los que ya os he hablado anteriormente. Tras hacerles beber tanto vino que les dejó medio ebrios, comenzó a decirles que deseaba de todo corazón trabar una alianza amistosa con su *Chan* [Jan o Khan] o su Rey, y que, aunque ellos fuesen de la secta de los turcos, él habría deseado que hubieran considerado a los *Chizilbasci* como a sus hermanos, y que todos se mantuvieran unidos; que en las pasadas guerras, ellos mismos sabían por su propia experiencia, que no había nada que ganar con los Persas, porque aunque de vez en cuando incomodasen a su país con sus rapiñas y asaltos imprevistos, siempre habían sido derrotados en las batallas en las que él se había enfrentado a ellos; y que a la vista de tantas pérdidas, había que poner fin a esta desunión y convertirse en buenos amigos y buenos vecinos, y que él, por su parte, contribuiría a que esto se hiciera posible, y que los trataría con amistad, y que lo haría de la misma forma que ellos sabían que se comportaba con tantas otras naciones del mundo que le habían jurado amistad eterna, y que venían a sus tierras con mucha franqueza y humanidad. Finalmente les ordenó, obligándoles bajo juramento, que cuando regresaran a sus tierras contaran a su Chan [Khan o Jan] todo cuanto habían visto en esta Corte, y las bondades que él había tenido para con ellos, para así, sabiendo esto, su Chan se viera forzado a olvidar el pasado y vivir en buena vecindad.

Los uzbekos le prometieron que harían exactamente tal y como les había ordenado el Rey, jurando a la manera de los turcos, que si faltaban a ese juramento “se hundieran sus casas”, y como estaban muy agradecidos por las gracias extraordinarias que el Rey les hacía, así como por sus corteses palabras hacia ellos, desmontaron dos veces de sus caballos, y prosternándose ante el Rey, le besaron los pies, uno tras otro; su Capitán, *Dosti Beig*, el que vino a visitarme a mi casa en Ferhabad y al que le mostré los arcabuces que usábamos, tal y como os he comentado, fue el primero que bajó de su montura, seguido de los demás, conforme a su rango.

El Rey mantiene una larga conversación entre los uzbekos y cierto emir árabe.

El Rey los presentó también a todos los demás invitados allí presentes, diciéndoles quién era quién; pero muy en particular se detuvo ante un árabe de *Haueiza*, llamado Sheij Nafsar, o Emir Nafsar, del que dijo que había hecho no sé qué revuelta en su país, matando a ciertos embajadores, puede que para servirle, y que por eso había recurrido a él, poniéndose bajo su protección, y que era un hombre muy generoso, de buen carácter, y que él lo tenía en muchísima estima; pero el Rey explicó las circunstancias de esos hechos tan confusamente que apenas se le entendió quién era aquel hombre. El Rey permaneció de esa guisa, conversando con los uzbekos hasta el anochecer, momento en el que se retiró a su palacio por el camino de siempre, y nosotros hicimos lo propio por el nuestro.

De estas conversaciones he deducido dos cosas que voy a comentaros a continuación. La primera, la destreza del Rey a la hora de usar la astucia y sus artimañas; acostumbrado a servirse de todos los prisioneros que le envían de algunas naciones enemigas, aunque no las tema; pero que los recibe con tal cantidad de halagos, después de haberlos expuesto vilmente ante todo el mundo, con un cepo al cuello, como un triunfo ante todos sus Estados, pero que estos olvidan pronto, marchándose muy contentos con el Rey; y ese maltrato les impresiona tan poco, que cuando vuelven a sus países lo hacen como grandes amigos y partidarios del Persa, del que alaban sus bondades y cortesías hacia ellos. Y así es como el Rey practica esta astuta política, que Virgilio atribuye, al referirse a Eneas, y que nosotros, los romanos, hemos tomado de él; a saber:

Perdonar a los vencidos, y doblegar a los rebeldes.

Política del Rey de Persia.

La segunda conclusión a la que he llegado es que, en mi opinión, este Rey parece tener gran propensión a procurarse la paz por todas partes; a diferencia de lo que hacía en el pasado, ya que ahora la quiere establecer con todos los pueblos vecinos, y no ha vuelto a buscar enfrentamientos. Pero yo creo que su edad avanzada es el único motivo de este cambio tan notable, y su indiferencia por nuevas empresas, y que lo que le apetece, tras tantas

fatigas, es gozar de una profunda paz y no entrar de nuevo en liza contras sus adversarios, sino tan solo conservar las posesiones adquiridas y, lo que es más importante, su reputación, que muchos príncipes pierden en batallas dudosas durante su vejez, y tras una larga vida llena de gloria y de victorias.

También he constatado, a lo largo de las tardes que he paseado por esta plaza, algo que me ha sorprendido, y que es la gran humildad y obediencia con las que el Rey educa a sus hijos. Es tan severo que no solo no quiere que hablen con nadie, sino que incluso, si se les saluda y se les hace alguna reverencia, el que así lo hiciere sería acusado de un crimen de lesa majestad. Además, los cría fuera del palacio, en otras casas particulares, entre personas de poca calidad, y dándoles muy poco para su subsistencia. Además, el Rey quiere que el pueblo les muestre tan poco respeto, que el otro día yo me extrañé ante algo que sucedió en la persona de uno de los hijos del Rey; al menos de los que todavía quedan vivos; un joven de unos dieciocho años, de buen aspecto, y llamado *Imam culi Mirza*, que se llegó a la plaza detrás de mí. Vino a caballo, acompañado tan solo de dos pajes de a pie; sin espada, ni ornamento alguno sobre su persona, ni en su caballo; vestido con mucha sencillez, tal y como iría un pobre gentilhomme. Al dar muestras de que deseaba entrar en el círculo en el que yo estaba charlando con otros en presencia del Rey, en ese momento, un hombre de poca monta, bastante maleducado, que se encontraba allí cerca y a caballo, al saber que ese era un hijo del Rey, no quiso en ningún momento dejarle un sitio, ni siquiera para pasar; de tal forma que el pobre joven, acostumbrado a sufrir mil humillaciones de esta naturaleza, no mostró enfado, ni sentimiento de ofensa alguno, sino que se lo tomó todo con paciencia, aunque por fin pudo acercarse más tarde, gracias al favor que yo le hice, ofreciéndole un sitio a mi lado.

*Cortesía del
Señor della Valle
hacia el hijo
menor del Rey.*

Yo creo que esta pequeña cortesía que le brindé hizo que se sintiera inclinado amistosamente hacia mí por las pruebas que me ha dado de ello; pues a pesar de las rigurosas prohibiciones del Padre, no ha podido impedir, como joven fogoso que es y lleno de buena voluntad, de mostrarme públicamente las señas de su afecto. Una de esas tardes, al salir de la plaza, poco tiempo después, vino a reunirse conmigo para hablarme, y mientras íbamos por una callejuela, en la que había que esperar un poco a que pasase la gente, se me acercó para decirme que uno de los que habían sido heridos en *Cascian* por mis gentes en una pelea que tuvieron en esa ciudad hacía algunos meses, cuando yo iba camino de Ferhabad, había sido un criado suyo, pero que como había sido brutal y descortés, mis gentes habían hecho muy bien en tratarle de esa forma; así me dijo, abundando en ello con otras palabras que pronunció rápidamente y a las que yo respondí bastante escuetamente, más con gestos que con discursos, para mostrarle el profundo

*Los primogénitos,
en Persia, no
siempre son los
sucesores al trono
del imperio.*

respeto que yo le tenía; pues como yo bien sabía del carácter de su padre, no quise hacer nada que pudiera ser mal interpretado. Por su parte, él, que me pareció que tenía tanto miedo como yo, al haber mucha gente que nos estaba mirando, después de darme esas muestras de su reconocimiento, en los términos que os he comentado, espoleó de inmediato su caballo y siguió su camino, separándonos de ese modo, sin otra ceremonia ni saludo alguno.

Después de esto, mi querido *Mario*¹, hay que reconocer que un príncipe de nacimiento jamás podría vivir en nuestras tierras perseguido de este modo, y con tan gran vigilancia y cautividad; sobre todo, un príncipe que un día podría reinar; porque en Persia, el heredero al trono no siempre es el primogénito, sino el que el Rey elige ante su Imperio, o que goza del mayor favor de su majestad. Y por lo que tengo oído, este joven príncipe tiene muchos amigos en el país que le hacen pensar en que el obtendrá una buena parte del reino; aunque su padre, el Rey, sienta mayor inclinación por el primogénito, que lleva el nombre de su abuelo, *Chodà bendè Mirza*. Este príncipe ya peina barba, posee su propio harén, monta a caballo con espada, y como persona de más edad, su fisonomía refleja ya cierto aire melancólico; mostrando un carácter más reservado y conforme al gusto del Rey, y conduciéndose más sabiamente que su hijo menor. No obstante, la suerte, tanto de uno como del otro, es parecida, y la cautividad, la misma, y el primogénito, al igual que el hijo menor, no tiene libertad para hablar con los demás, ni goza del respeto de nadie, como si fuera un hombre del montón. Estos dos príncipes acompañan siempre al Rey, su padre, a todas partes, pero, como os he dicho, no viven con él, y los crían tan humildemente y con tal sumisión, que me han contado que, con frecuencia, cuando viajan, y sobre todo en ciertos burgos, si uno de ellos ha encontrado alojamiento en alguna casa del lugar, lo debe abandonar y cedérselo a otra persona con rango en el ejército, para pasar allí la noche; puede que sin saber, o quizá sabiéndolo, que un hijo del Rey es quien ha tenido que dejar el alojamiento ante su llegada, y que de inmediato se ha marchado para montar una tienda en medio de la oscuridad y del barro, tanto si llueve como si hace mal tiempo, cediendo su plaza a un vasallo de su padre. Ambos príncipes cabalgan todas las tardes por la plaza, por la que pasean a veces junto a su padre o solos, y cuando quieren, también se pueden retirar como los demás, pero jamás se paran a conversar con nadie. No obstante, pueden estar cerca del Rey, entre sus huéspedes, bebiendo, si así lo desean, como el resto, en las tazas que se ofrecen a la comitiva...”



¹ Aquí Pietro della Valle se refiere a su amigo napolitano, al que dirige estas cartas, el doctor Mario Schipano.

Próxima entrega

CARTA V DESDE ISFAHÁN

II.24.05

**“De los regalos de Iusuf Chan y el embajador español,
y del entierro de un sirviente de la Señora Ma’ani”**



